

con vida propia



CONSTANZA DOZO MORENO *

“Recibí un regalo que me hace feliz”

A los 20 años descubrió su talento para la escultura, un don que refleja en la belleza de su obra y que agradece con alegría y compromiso. ♦ | Carolina Cattaneo | Pilar Carlés

Jamás olvidará el día en que, sola en el subsuelo de su casa, descubrió que poseía el don de dar vida a la piedra. Constanza Dozo Moreno tenía 20 años y se había propuesto moldear una jarrita en arcilla. Pero su mirada se posó sobre una pequeña escultura que sus padres habían traído de Suiza. “¿Y si la copio?”, se preguntó. Empezó a pasar la arcilla entre sus dedos, a sentirla fría y, luego, cada vez más tibia. La moldeó y, en un rato, la réplica de esa escultura, la figura de un cazador, estaba lista. “Me salió tal cual”, recuerda con emoción. Se quedó un momento mirándola, sorprendida por lo que acababan de hacer sus manos: “Me di cuenta de que había recibido un regalo de Dios. Sentí una inmensa gratitud y una gran responsabilidad, y decidí que debía hacer crecer ese don”.

En esos años Constanza estudiaba decoración de interiores, pero sentía que eso no colmaba su espíritu. Aquel día, en cambio, se sintió tan plena que descubrió que la escultura la haría feliz. “Miré el cazador y

Constanza Dozo Moreno es escultora, tiene 42 años, está casada y tiene dos hijos, de 9 y 7 años. Se formó en nuestro país, en Francia y en Grecia, donde tuvo el placer de estar un tiempo estudiando en la isla de Tinos, cuna de Fidias, uno de los grandes escultores griegos.

con vida propia

CONSTANZA DOZO MORENO



me dije: “No pierdo más el tiempo. Ya me pongo a averiguar dónde puedo estudiar escultura”. No hubo vuelta atrás; sentía el espíritu abierto para recibir aquello que acababa de revelarse en ella, pero aún necesitaba a alguien que guiara sus pasos.

Fue así como unos conocidos le recomendaron anotarse en el taller de un tal don Ramón Castejón, señor con fama de cascarrabias, pero un verdadero maestro. “Ya no recibe alumnos nuevos –le advirtieron–, tiene lista de espera para tres años, pero vos vení igual y conocelo”.

Constanza no lo dudó y, a la semana, fue a presenciar una clase. “Cuando llegué, don Ramón me dijo: ‘Quedate allá’. La clase duraba todo el día. Yo me senté en un rinconcito toda la mañana y desde ahí miraba fascinada. Todos trabajaban

con sus piedras... era increíble. Al mediodía me dijo: ‘Vení’. Me trajo un bloque de alabastro, la masa, unos cinceles, y me empezó a explicar cómo picarlo. Al rato me dijo que me aceptaba en el taller. ¡Yo no lo podía creer! Fue una felicidad inmensa. Para mí era un nuevo mundo, porque nunca había tenido relación con los materiales de la escultura. Al mismo tiempo, iba descubriendo los libros de Rodin; era verlos, emocionarme y llorar”.

Constanza vive en una casa en Pilar, junto con su marido, Diego De Risi, y sus dos hijos, Rocío (9) y Agustín (7). Entre relatos apasionados, risotadas y café, le preguntamos de dónde sale su amor por la escultura, que ya lleva más de veinte años. “¡Sale del espíritu! –dice

“Dios es generoso. Estoy convencida de que cada uno tiene su don, su destino, su tarea en este mundo”.

entre risas—. A veces me encuentro tallando el mármol y me pregunto: ‘Pero... ¿por qué hago esto?’. Y bueno, es lo que Dios me regaló y me hace in-men-sa-mente feliz. Cuando estoy en el taller trabajando, siento una plenitud y una satisfacción tan grandes que puedo estar seis horas y me parece que pasó sólo una”.

Mientras Constanza trabaja el mármol o el cemento, o talla la madera, no existe el tiempo. Ella eligió que su atelier estuviera en su casa, en medio de un parque verde y apacible. “Los pensamientos, la sangre y los sentimientos fluyen en un silencio interno cuando estoy trabajando”, cuenta. Apenas entra en el taller, se coloca protección para los oídos y los ojos y, así, mientras golpea esos materiales duros, escucha de lejos el ruido del cincel sobre el mármol. Sus trabajos le llevan semanas o meses. Cuenta que, durante el proceso, lo primero que hace es trabajar el bloque de material en bruto. A veces tiene una idea clara de lo que busca; otras se deja llevar por la inspiración, y otras trabaja la obra por encargo. Todo comienza con la moladora, luego siguen el cincel, el martillo neumático y, finalmente, el trabajo fino con lijas. “Durante todo ese proceso, por mi mente van pasando muchas cosas, y es una descarga física muy fuerte”, explica. Con 42 años, Constanza talló su propio camino como artista. Y se fue formando con

diferentes maestros en el país y en el exterior. Estudió dibujo con Aurelio



Constanza, en el taller de su casa de Pilar, donde dedica varias horas a esculpir. Una de sus obras más queridas es el rostro de la Madre Teresa de Calcuta, que esculpió hace años en mármol de Carrara y del que nunca se quiso desprender.

con vida propia

CONSTANZA DOZO MORENO



Macchi, técnica de la cera con Antonio Pujía y anatomía artística en Francia con Martine Vaugel. Cuando tenía 24 años y aún era soltera, Constanza viajó a Grecia, la cuna de la escultura, para perfeccionarse en el tallado en mármol. Sus primeras obras, dice, eran como hijos de los que le costaba desprenderse. Hoy, en cambio, vender su obra y desprenderse de esas creaciones le cuesta menos.

Entra todos los días en su atelier por la mañana, cuando los chicos ya están en el colegio, y sale recién a las cuatro, para ir a buscarlos y pasar la tarde con ellos. “A veces se me hace la hora y llego a la puerta del colegio con la marca de las antiparras en la frente –cuenta–. Apenas tengo tiempo de hacerme una colita en el pelo”.

Constanza todavía se pregunta de dónde sale ese amor por la escultura. “Recuerdo que en mis primeras clases, metía las manos en la arcilla y me salía un rostro sin haber estudiado nada, sin haberlo hecho nunca”. “¿Qué es esto

que siento en el espíritu, tan pleno?”, se preguntaba. Pero con el paso de los años fue encontrando una respuesta a sus inquietudes: “Es un regalo de Dios”.

–¿Todos recibimos un regalo?

–Dios es generoso. Estoy convencida de que cada ser tiene su don, su destino, su tarea en este mundo. Para descubrirlo, hay que estar con la conciencia abierta, meditar, rezar, tratar de llevar una vida más espiritual. El regalo es un privilegio y yo lo siento como un compromiso que asumo con alegría. Trato de agradecer la dicha de mi don con el trabajo de todos los días.

Los hijos de Constanza crecieron viendo a mamá esculpir y moldear la arcilla y las ceras. “Desde chiquitos les puse una mesita en el atelier, con herramientas, pedacitos de piedras blandas, acrílicos y crayones –recuerda–. Usaban arcilla, que mezclaban con el polvo del mármol, y les daba la libertad para jugar y crear. Busco transmitirles que hay muchas

cosas lindas que pueden hacer en su tiempo libre. Les pondero sus pequeñas creaciones y les hablo mucho de los grandes artistas, como Miguel Ángel o Rodin”. Ella le dio a la escultura un espacio fundamental en su vida; encontró en el arte, que hoy es su trabajo, una tarea que la llena, la completa: “Yo sé que cuando mi nido quede vacío, con esto nunca me voy a sentir sola”. Por ahora, su nido está repleto. Es sábado, y en su casa, Rocío y Agustín van y vienen por el jardín, juegan, espían a mamá mientras charla con *Sophia*. Diego, su marido, enciende el carbón para hacer un asado en familia. “Él es mi gran compañero, siempre me apoyó en todo. Para nuestro primer aniversario, me regaló un gran bloque de mármol donde esculpí a la Madre Teresa”, cuenta.

–¿Qué le brindó la escultura a tu vida?

–Paciencia. El aprender que todo tiene su tiempo. Me enseñó la garra. Y en especial, que todo tiene su proceso. Como dicen, no podés apurar el agua del río. ■